

Los orígenes de la estética en el ballet

Es justamente el año 1832 cuando Marie Taglioni aparece en escena y el público contempla la silueta de un espíritu del aire envuelto entre muselinas, como si de una sílfide se tratase. Hablamos de los inicios del Ballet Romántico.

La llegada del Romanticismo viene acompañada de un periodo de esplendor para el ballet, donde entre otras cosas se acabarán asentando las bases de dicho arte. Estas bases incorporarán el vestuario dentro de un imaginario donde la narrativa de las obras conllevará a una nueva puesta en escena. Cabe destacar que no es hasta entonces cuando se produce una unidad temática y estética que favorece el nacimiento de un ballet completamente independiente y definido.

Si bien es cierto, que el siglo XIX supone la consolidación del ballet como tal, debemos remontar su origen en el Renacimiento. Estamos hablando de una época donde el ballet era presentado en la corte como un mero entretenimiento. Con el paso del tiempo la danza irá pasando de la corte al teatro, lo que provocará una paulatina profesionalización del ballet.

En sus inicios, la indumentaria utilizada para las representaciones era muy similar a los trajes de la corte, los bailarines aparecían con ricos y suntuosos vestidos que incorporaban pequeños elementos diferenciales con el fin de identificar los personajes de dichas obras. La indumentaria de danza únicamente estaba regida por la moda correspondiente a cada periodo, sin tener en cuenta las limitaciones que aquellos vestidos ejercían sobre el cuerpo de los bailarines. Fueron figuras como la de Marie Camargo las que se aventuraron a proponer cambios en este aspecto. En 1730, Camargo sale a escena con sus faldas cortadas por encima de los tobillos, un tamaño que permitía a la bailarina mostrar su dominio del *entrechat* (paso batido en el aire, hasta el momento reservado a los hombres). Este hecho supuso que a partir de entonces la ópera obligara a llevar bajo la falda un “calzón de precaución”. Años más tarde, Marie Sallé aparecerá en Londres vestida tan sólo con un corsé, una falda y un vestido de muselina por encima. En esta misma línea, Noverre reivindicará en sus Cartas sobre la Danza la reducción de los miriñaques de las bailarinas, que limitaban la libertad y rapidez de sus movimientos.

A partir del siglo XVIII la indumentaria se aligera, influida por la Revolución Francesa, lo que facilitará la evolución de los trajes de escena, cuyos materiales, siluetas y adornos se simplifican notablemente. Otros aspectos destacables del ballet de la época son la aparición de los zapatos planos propios del Neoclasicismo y la introducción de las mallas de color carne, que poco a poco harán que las piernas vayan quedando más al descubierto. Tras estos hechos que se desarrollan a partir del humanismo llegamos al Romanticismo, la época dorada del ballet clásico.

Cuando hablamos de ballet clásico en nuestras cabezas aparece el retrato de una esbelta bailarina de tez clara vestida con tutú, cuyos movimientos etéreos y frágiles nos hacen pensar en ella como un ser de otro mundo. Esta imagen se establece tras la representación de *La Sylfide*, obra paradigmática del ballet romántico. En ella, la bailarina italiana Marie Taglioni portaba un corpiño ajustado con unas pequeñas alas situadas en la espalda y un gran escote que dejaba lucir sus hombros, una falda acampanada hasta media pierna compuesta por capas de gasa y muselina y unas zapatillas de color rosa. La repercusión tanto de la bailarina como de la obra fijarán el ideal estético del ballet, así *La Sylfide* pasa a ser un prototipo a imitar. Esto se hace evidente al observar las creaciones posteriores como por ejemplo *Giselle*, donde se establece el mismo código de vestir. En ella un cuerpo ajustado con los hombros al descubierto, falda o tutú, como se conocerá a partir de entonces, de gasa muselina o tul, siempre de color blanco, además de mallas y zapatillas de raso rosa. La incorporación de este atuendo fue tal que los trajes pasaron a ser utilizados tanto para clases y ensayos como para espectáculos. Da la sensación como si al final este vestuario en concreto se acabara incorporando al ballet como una especie de uniforme o ropa especial de trabajo.

El tutú, prenda por excelencia del ballet, así como el resto de la indumentaria, tuvo muy poca evolución durante el siglo XIX, pese a que el tutú sí que fue reduciendo su tamaño. La renovación de toda la imagen del ballet vendrá más tarde por parte de Rusia, un arte hasta ahora liderado por Francia. La llegada de los Ballets Rusos de Diáguilev triunfará y producirán un cambio rotundo en la moda. El vestuario de estos ballets pasará a ser más variado, lleno de colores llamativos y con un aire oriental lejos de la uniformación a la que nos tenía acostumbrado el Ballet Romántico.